

y tarde; ni en aquellos, que se impacientan por hallarse en los templos, y como si les traspasaran agudas espinas, siempre encuentran tarde la hora de salir; así como tampoco en aquellos, que emplean largo tiempo para pulir su persona y agradar á las criaturas, y ninguno para limpiar su alma y agradar al Criador. No es posible notar la virtud de la Religion, quando se piensa rarísimas veces en Dios, no se quiere escuchar su divina palabra, no se frecuentan los sacramentos, ó se cumple su voluntad solamente quando está de acuerdo con la nuestra; así como tampoco puede verse, quando nada se hace para oponerse á los propios caprichos, para resistir á las malas inclinaciones del corazón, para arrepentirse de los pecados y vivir en la observancia de los divinos preceptos.

No obstante, Dios ha obrado tambien para nosotros grandes prodigios y empleado á favor nuestro su omnipotencia. Si ha verificado tantos milagros en María, los ha obrado para nuestra salvacion; si ha mostrado por María su brazo omnipotente en los prodigios de la inmaculada concepcion y de la maternidad divina, lo ha hecho para redimirnos del pecado y del demonio. ¿No es grande lo que obra en el Bautismo, limpiándonos de la mancha contraída por la culpa de nuestro primer padre Adán? ¿No es grande lo que obra en la Confirmacion, que nos infunde el espíritu de sabiduría y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de ciencia, de piedad y del santo temor? ¿No es grande lo que obra en nosotros, quando nos perdona los pecados con inmensa bondad, y con un milagro inmensamente más luminoso que aquel con el cual sanó los leprosos, los paralíticos y los cojos, nos convierte de vasos de ira y de iniquidad en vasos de gracia y de honor?

¿Dónde se encuentra entre nosotros quien diga con María: Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo? ¿Dónde está aquel que, aunque profiera estas palabras con los labios, las sienta en el corazón? ¿Quién es el que practica la virtud de la Religion? ¡Ay! amados hermanos, si no la tenemos, hagamos lo posible para alcanzarla. Apresurémonos á vivir en el tiempo pensando en la eternidad, á meditar sobre lo que ha de salvarnos y ser nuestra gloria; frecuentemos los Sacramentos con las debidas disposiciones, ardamos en santo amor por María, pues, entónces veremos florecer en el árido suelo de nuestros corazones aquellas flores espirituales, que pueden hacernos caros á Dios, alcanzarnos las celestiales gracias para la vida presente y el reino de la gloria en la futura.

---

## DISCURSO XXV.

---

### SEMEJANZA DE MARÍA CON JESÚS.

*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.*

Ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho, lo hagais vosotros tambien.  
(JOANN. XIII 15).

Quando la Virgen en su himno exclamó: La misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion, entendió hablar de Jesucristo. Esta fué la grande misericordia que, inaugurada en el Paraíso terrenal, pasó de una á otra generacion, segun se revela claramente por la historia de la nacion hebrea. Anunciada á los Patriarcas en Abrahán, en Isaac, en Jacob, constituidos jefes de una descendencia tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo, en la cual debían ser benditos todos los pueblos; vaticinada por los Profetas, que, de vez en cuando, aparecían para fortalecer los ánimos en las desventuras, recordando los consuelos prometidos; simbolizada en los ritos, en las figuras, en las leyes y en las ceremonias de un pueblo depositario de las tradiciones antiguas; se verificó tanta misericordia en el día faustísimo, en que se verificó la encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen Nazarena. Misericordia, que, mostrada entónces en todo su esplendor, se mostrará de igual suerte hasta la consumacion de los siglos, puesto que hasta el fin de los siglos se experimentarán sus benéficos efectos. Cuyas cosas viéndolas María con su luminosa mirada, tenía fundado motivo para exclamar: que la misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion: *Misericordia ejus a progenie in progenies.*

María añade, que esta misericordia será saludable para aquellos que la veneren y la respeten con amor filial. Ahora bien; el mejor modo de respetar y venerar á Jesucristo consiste, en imitarle, en

parecersele, en ser un retrato fidelísimo de Él, porque no cabe duda, que se venera al padre cuando sus hijos se someten á sus enseñanzas, y se respeta al maestro cuando sus discípulos practican sus lecciones. Y en verdad, que los Santos que han conseguido brillante gloria en el Cielo, no recorrieron otra senda que esta, puesto que todos procuraron, hasta donde les fué posible, asemejarse al Hijo de Dios. Sin embargo, de entre todos los Santos aquella que aspiró con mayor celo y estudio más continuo á la gloriosa adquisicion de tan inestimable tesoro, fué María. Así pues, es un deber de mi sagrado ministerio haceros ver hoy, que al conformarse Ella con los pensamientos, con los afectos y con las obras de Jesús, se elevó á un grado tal de grandeza, que las fuerzas humanas no podrían medirla, no obstante, de que siempre deba sernos grato seguirla en todos sus pasos hasta donde alcancen nuestras fuerzas, harto débiles sin duda, atendida la enfermedad de nuestra miserable condicion. Lo vereis despues de saludarla con el angel: A. M.

Sucedé á veces, que los hijos se parecen á los padres en las facciones del rostro y en las inclinaciones del ánimo; del propio modo los cristianos han de parecerse en los pensamientos, afectos y obras á su padre Jesús. Esto inculcaba el apóstol San Pablo á los Corintios, cuando les decía: que habiendo llevado en otro tiempo la imágen del hombre terreno, debían afanarse por llevar la imágen del hombre celestial (1); á los Gálatas, cuando les aseguraba, que les daba nuevamente á luz basta que Jesucristo se hubiese formado en ellos (2); y á los de Éfeso, al exhortarlos á vestirse del hombre nuevo, criado segun Dios en la justicia y en la santidad (3). Lo propio inculcaba Jesús con aquellas memorables palabras: Ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho, lo hagais vosotros tambien (4).

Pues bien; alcanzar esta perfeccion, uniformarse con este original, y llegar á este fin, fué el deseo vivo y constante de la Santísima Virgen. Y lo logró de suerte, que sus pensamientos, sus afectos y sus obras resultaron como copias de los pensamientos, de los afectos y de las obras de Jesucristo. Los pensamientos de Jesucristo, con relacion á Dios, fueron: que Dios es el Sér por excelencia, infinitamente

(1) I. COR. XV, 49.

(2) GAL. I, IV, 19.

(3) EPHE. IV, 24.

(4) JOAN, XIII, 15.

poderoso, infinitamente sábio, infinitamente bueno, y el solo digno de las adoraciones de los hombres; y á fin de demostrárselo de un modo luminosísimo, se humilló á su presencia, descendió hasta tomar forma de siervo, se ofreció víctima á sí mismo para glorificarle, y le entregó la propia voluntad, dispuesto á morir cuando niño, si así lo hubiese ordenado, bajo los puñales de Herodes, como murió en el Calvario. Sus pensamientos con relacion al hombre fueron: que el hombre es la criatura más preciosa entre todas las visibles; de suerte, que para salvarle, descendido del Cielo á la tierra, se sometió á ser encerrado en las entrañas de una doncella, á nacer en un pesebre, á ser envuelto en pobres pañales, á mendigar el alimento de los pechos maternales, á sufrir todas las miserias, á sentir todas las necesidades, á soportar todas las privaciones, y á ser traspasado por acerbísimos dolores. Sus pensamientos relativos á las cosas criadas fueron: que éstas deben considerarse como escala para llegar al Criador, sin tributarlas, empero, el homenaje ni el afecto del corazón; y rehusando las comodidades, los honores, las riquezas, y lo que nosotros hubiéramos creído convenir á sudignidad, se entregó á los extremos opuestos; cubrió, para corregir en nosotros el falaz juicio de los sentidos, su grandeza intrínseca con su abyeccion exterior. Finalmente, sus pensamientos en orden al pecado fueron: que el pecado es un mal gravísimo, un mal espantoso, el único mal que pueda existir, y un mal capaz de hacer al alma tan deforme, que no hay fealdad que se le parezca; y lo mostró con sudores de sangre, con agonías tremendas, con ignominiosas salivas, con los azotes, con las espinas, con los clavos y con la cruz.

Pues bien; estos pensamientos de Jesús fueron tambien los pensamientos de María. Por lo que mira á Dios, le renovó todos los días de su vida con sumo fervor el ofrecimiento de todo su sér, que le hiciera ya desde el primer instante de su concepcion; con profundo reconocimiento le dió acciones de gracias por haberla colmado de tantos beneficios, y extendido sobre Ella su misericordiosa diestra; con humilde sinceridad se juzgó indigna de las mercedes que le concedió, y de los dones con que la enriqueció; y le suplicó con afectuosa confianza, que le conservára siempre su amor, que la tuviera siempre bajo su proteccion; se sacrificó por su gloria y cumplió constantemente su voluntad. Con relacion al hombre desea su salvacion; y si en la oscuridad de su retiro derrama amargas lágrimas, no las derrama por verse privada del trono de sus padres, sinó por la obcecacion del pueblo, que con culpas continuas ofende á Dios, atrayendo

sobre su cabeza los más tremendos castigos; si suspira, no es porque desee, hija de David, ver reproducida la gloria de sus antepasados, sino para que, nacido el Libertador que debe salvar al mundo, sea bendito el humano linaje perdido. Con relacion á las cosas criadas, aunque descendiente de régia estirpe, corriendo por sus venas sangre de príncipes y de héroes, no dirige ni por un solo instante sus miradas sobre las doradas paredes de los regios alcázares, sobre las púrpuras de Tiro y de Sidon, de los salones de los ricos, sobre las magnificencias que rodean á los poderosos de la tierra, pues nada ambiciona de las cosas del mundo, nada anhela de las comodidades del siglo, y nada quiere de lisonjas y de honores, contenta de estar en la soledad y satisfecha de vivir en el silencio. Por lo que mira al pecado, deseando ver abatido su reinado, dió su consentimiento á la obra de la Redencion, condescendió en la Pasion y en la muerte de su Hijo, quiso que la víctima, lo mismo que el cordero debajo de la cuchilla del sacrificador, no despegase los lábios para quejarse; é imitadora perfecta de la infinita Caridad del corazon adorable de Jesús, ofreció á la divina justicia el propio sacrificio, juntamente con el sacrificio del Redentor.

A los pensamientos de la mente deben añadirse los afectos del corazon. En efecto; no basta que se recen oraciones, que se visiten altares, que se haga limosna, que se lean libros devotos, ni que se asista á los sacrificios con el debido respeto, si el corazon se consume de envidia, ó permanece cerrado á las inspiraciones divinas, alimenta amores profanos, ó adora ídolos de barro. Debe arrancarse del corazon toda semilla de viciosas tendencias, de peligrosas inclinaciones, de mundanos hábitos, ó, para decirlo de una vez, unirse á los pensamientos de la mente los afectos del corazon, conformándolos con los afectos y con los pensamientos de Jesucristo.

Los afectos de Jesucristo se reducen á éstos: amarás al Señor tu Dios con toda tu alma; amarás al prójimo como á ti mismo por amor de Dios. Los ejemplos que ofreció al linaje humano durante toda su vida, fueron obras y aplicacion de las expresadas palabras. Él amó á Dios su Padre, haciendo de sus actos un continuo acto de amor hácia Él, predicando sus grandezas, inculcando sus mandamientos, celebrando su nombre, obedeciéndole hasta la muerte y muerte de cruz. Él amó á los hombres, compadeciéndose de sus errores, perdonando sus pecados, haciéndose de rico, pobre por amor de los mismos; de glorioso, atribulado; de poderoso, niño; y de inmortal, mortal. Porque ama á Dios, se le presenta delante en actitud de reo, aplaca su jus-

ticia, desarma su cólera, implora sus gracias, anuncia sus glorias y le procura hijos que le adoren en espíritu y verdad; porque ama á los hombres se obliga á satisfacer por sus pecados, les concede la gracia de resistir al demonio, les salva del miserable abismo en que se habian precipitado, y les dirige al Cielo por sendas fáciles y llanas.

Los afectos de María fueron semejantes á los afectos de Jesús. También María amó á Dios y al prójimo. Amó á Dios de todo corazon, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas, sin reserva de tiempo y de lugar, sin que el espíritu estuviese ocupado en los objetos terrenos, sin que los sentidos la distrajesen, y sin que el hábito la entibiase; le amó en todas partes, le amó siempre, y le amó con ardores que no han experimentado las almas más santas. Amó al prójimo, y le amó con caridad perfecta, rogando en el Templo por la salvacion de los hombres, dando su consentimiento al misterio de la Encarnacion por la redencion del mundo, sacrificando en las bodas de Caná su humildad en provecho de los demás, con hacer valer sobre el Hijo sus derechos maternales, y sometiéndose á penas acerbísimas para ayudar al infeliz género humano de un modo tan generoso, que los Padres han repetido de Ella las palabras dirigidas á Judith: Tú no has temido exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias y la tribulacion de tu gente (1). Entrambos amores, el amor á Dios, y al prójimo, penetraron y abasaron de tal suerte á María, que era todo amor, como todo amor era Jesús.

A los pensamientos de la mente y á los afectos del corazon es preciso añadir también las obras. Para darnos una regla acerca de este punto, Jesucristo se nos ofrece como ejemplo de todos: ejemplo de los superiores y de los inferiores; de aquéllos, derramando siempre el bien; y de éstos, viviendo sumiso á María y á José. Ejemplo de los niños y de los jóvenes: de los primeros, yendo desde sus más tiernos años al templo de Jerusalén, y de los últimos, pasando los días en la obediencia y en el trabajo. Ejemplo de los adultos y de los hombres: de los adultos, rogando continuamente y afanándose por cumplir la voluntad de Dios; y de los que han llegado á hombres, no buscando descanso ni reposo, teniendo que realizar una grande obra, la salvacion del mundo. Ejemplo de los deberes para con Dios, pues, arrojó del Templo con santa indignacion á sus profanadores, predicó la doctrina religiosa, enmendó las costumbres, corrigió las ideas y jamás

(1) JUDITH. XXX, 25.

su Padre había tenido un adorador más perfecto. Ejemplo de las obligaciones del hombre para con el prójimo, ya que con caridad excesiva y ardiente mantuvo afectuosos coloquios con los discípulos, explicó á la turba parábolas instructivas, dió saludables consejos á los que habían recibido grandes favores, socorrió á los afligidos, y rogó por sus enemigos. Ejemplo de los deberes del hombre para consigo mismo, puesto que la humildad, la pureza, la mortificación y la pobreza, opuestas respectivamente á la soberbia, á la sensualidad, á la molicie y á la avaricia, fueron las virtudes que resplandecieron en Él, y que debieran brillar en nosotros. Fué el modelo de los príncipes para que defiendan á sus súbditos, protejan á los oprimidos, tomen el cuidado de los pequeños, y se sirvan del poder para destruir el reinado del demonio y establecer el reinado de Dios; de los padres, para que amen á sus hijos con un amor santo, les conserven en la vida espiritual, y les inclinen á despreciar las riquezas pasajeras del mundo y á desear las eternas riquezas del Cielo; de los perseguidos, para que lleven pacientemente la cruz á imitación suya, que la llevó con paciencia, por más que fuese calumniado en su doctrina, blasfemado en sus milagros, y correspondido con ingratitudes en sus beneficios. En fin, modelo de todos los estados en que el hombre pueda hallarse, puesto que Él es el *Hombre*, el *Hombre* que se nos ofrece bajo cualquier respecto y se manifiesta bajo cualquier condicion.

Lo propio puede decirse de María. La Iglesia, entre otros títulos que suele tributarla, la invoca bajo la imágen de un espejo, en el cual se refleja admirablemente el esplendor de la Magestad divina. Y siendo verdad, que el Verbo divino es la imágen y el esplendor de la gloria del Padre, María retrata en sí con la mayor fidelidad las perfecciones adorables del Verbo Encarnado, puesto que se le asemeja más que ninguna otra criatura inteligente. Todos los hombres pueden ver en este espejo lo que debe enmendarse ó corregirse en su persona. María fué niña, y era ingénuo en el hablar, moderada en su sonrisa, pudorosa su frente; de modo, que llegó á ser por su docilidad, obediencia y respeto el consuelo y júbilo de sus padres. María fué jóven, y no procuró con seductoras palabras y con graciosas lisonjas atraerse las miradas y las simpatías de cuantas personas la trataban, conservándose inmaculada en aquella edad, en la cual exponen muchas su inocencia á inevitable naufragio por falta de vigilancia. María fué esposa, y vivió en dulcísima armonía con su esposo, sin que salieran nunca de su boca, palabras ásperas, ni frases de resentimiento, ni deseos inútiles ó exigencias inmoderadas, aborre-

ciendo la ociosidad y haciendo preceder la oracion al trabajo. María se vió atribulada, y sufrió las privaciones de la miseria, los horrores del hambre, la intensidad del frio y las persecuciones de los hombres con la mayor resignacion, y sin que de su apesadumbrado corazon se escapase el menor lamento.

Dirigiéndome ahora á vosotros, hermanos carísimos, puedo asegurares, que si os uniformais con los ejemplos que nos dió Jesús, y copió María, podreis estar tranquilos acerca de vuestra salvacion. ¿Y de qué podríais temer? No de vuestra inteligencia, que no será engañada por falsas máximas; no de vuestro corazon, que nunca saldrá de los justos limites en los afectos; no de vuestra voluntad, que carecerá de irresistibles incentivos para doblegarse al mal; ni de vuestras pasiones, que al asaltaros no podrán levantar erguida la frente. No hay motivo de temer, sinó cuando en vez de conformarnos á los ejemplos de Jesús y de María, queremos apoyarnos en la soberbia más bien que en la humildad, en la ira en vez de hacerlo en la masedumbre, en los placeres y no en la mortificación. Procuremos, pues, atender á lo que Jesús dijo y obró, y á lo que de Jesús copió María, y ningun riesgo correrá nuestra salvacion, sinó que estaremos seguros de que nuestra vida será piadosa, santa nuestra muerte, y gloriosa nuestra resurreccion.

El único medio que nos queda para alcanzar tal felicidad, consiste en no perder nunca de vista el divino ejemplar, como no permitió que lo perdiera María. No dudo, hermanos míos, que deseais ser admitidos á la eterna bienaventuranza, despues de la vida presente, y Dios me libre de privaros de este dulce consuelo. Pero, para que lo que ha de ser una fé consoladora, no sea una vana lisonja, me veo obligado á repetirlos una vez más, que para ser semejantes á Jesucristo en el premio, es preciso asemejársele en la virtud; y para participar de su gloria en el Cielo, es preciso parecersele en la tierra. Esto es lo que hizo María, sentada ahora en un trono como Reina de los Angeles y de los Santos, y lo propio aguarda de nosotros para tomar parte en su felicidad.

Meditemos, pues, atentamente lo que practicaron Jesús y María. A la luz de sus ejemplos conoceremos que manchas afean nuestro corazon, que suerte de inclinaciones impiden que nuestra alma sea cara á Dios, cuales palabras hemos de evitar en nuestras conversaciones, como debemos santificar nuestros afectos, y reformar nuestra conducta. Si tenemos necesidad de fortalecernos en la fé, hallaremos en los ejemplos de Jesús y María lo que vivifica la fé, alienta la cari-

dad y reanima el fervor. Por consiguiente, amados hermanos, sean estos ejemplos nuestro espejo, nuestra regla, nuestra guía, y de esta suerte experimentaremos también nosotros los benéficos efectos de aquella misericordia, que se derrama sobre cuantos la veneran con amor filial.

---

## DISCURSO XXVI.

---

### ALABANZAS DIVINAS.

*Laudem dicite Deo nostro.*

Alabad á nuestro Dios. (Aroc. XIX, 5).

En todas partes resuenan las alabanzas á Dios. Los ángeles las cantan, y criados en medio de inmensos resplandores, asistiendo en innumerables filas, y sirviendo obsequiosos delante del Antiguo de los días, sentado en magestuoso trono, contemplan sus bellezas, adoran sus perfecciones, y entonan á coros el himno que oyeron Isaías (1) y Juan (2) en sus extáticos arrobamientos. Cantan las alabanzas de Dios la aurora, cuando viste de púrpura los campos del espacio; el sol, cuando sale coronado de radiantes rayos; la luna, cuando aleja las tinieblas de la noche; las estrellas, cuando brillan en el altísimo pabellon suspendido sobre nuestra cabeza; el mar, cuando está tranquilo y cuando se levanta en tempestad; los montes y los prados, los ríos y los torrentes, el excelso cedro del Líbano, y el humilde hisopo del valle. Cantan las alabanzas de Dios los animales irracionales, la innumerable familia de los peces, el reino inmenso de los pájaros, la inmensa multitud de bípedos, de insectos, de reptiles y de cuadrúpedos. Cantan también las alabanzas de Dios los hombres, y al cantarlas se diferencian de las aves del cielo y de los animales de la tierra en que éstos no han modulado nunca una oracion, ni han construido un altar, al paso que los hombres han practicado la religion, aún en el estado de barbárie, en todos los puntos del globo.

Entre estas voces se distingue una que es la más armónica, la más

(1) ISAÍAS. VI, 3.

(2) AROC. IV, 8.